

angustia

Tras la catástrofe mi mayor problema es la tierra que se obceca por penetrar en mi boca, el aire viciado de polvo que me ciega e invade mis fosas nasales, las posibles roturas de huesos y heridas, y sobre todo que mi cuerpo está enterrado verticalmente hasta la altura del labio inferior. Pronto descubriré que no es así.

La pequeña cavidad que milagrosamente ha resistido al hundimiento guarda celosamente algo de aire, suficiente para respirar algún tiempo, aún con el inconveniente de la tierra y los gases que se mezclan engendrando un veneno casi irrespirable. También penetra algo de luz por la parte de atrás de mi cabeza, pero no puedo ver desde donde. El pelo despeinado roza la parte superior de la cavidad y mis doloridos ojos perciben no más de medio metro de hueco hacia delante. La cúpula esta formada por escombros, restos de tuberías y cables eléctricos, (por fortuna están muertos). Poco a poco voy recuperando el resuello, a su debido tiempo tras un terremoto de 7.6 en la escala de Richter, el más terrible en Pakistán en el último siglo, pero una nueva sensación me inunda de terror; mis piernas a la altura de la rodilla oscilan en vilo en el vacío. La noción de estar enterrado hasta más allá del cuello y al mismo tiempo poder agitar las piernas me desespera. Algún tipo de turbación incontrolada casi acaba con mi vida; me falta el aire y respiro demasiados polvos y efluvios nocivos como para estar orgulloso, por un momento pierdo el conocimiento. En ese paréntesis de ensoñación procurada por la intoxicación, veo mi imagen: todo el cuerpo enterrado entre piedras y restos de otros vecinos, mi cabeza enclavada en el hueco, con apenas 70 centímetros de diámetro de caridad para sobrevivir, los dedos de la mano derecha asomando junto a mi oreja derecha, sin apenas movilidad... Antes de la pérdida de cordura no recordaba esos

dedos, que no parecen míos, como pequeñas lombrices abriéndose paso por la tierra buscando mis ojos...

Nada de esto es lo suficientemente surrealista para una mañana de un 8 de Octubre de 2005 a las 8:55 como lo que vendría a continuación. En el momento en el que mis lágrimas limpian la arena pegada a mis ojos, recupero ligeramente el resuello y las partículas en el aire se estabilizaban permitiendo a mi sistema respiratorio funcionar con algo más de normalidad, algo me impone mirar hacia la derecha, cerca de donde como cinco pobres y secos arbustos mis dedos sobresalen de los escombros; la tierra imita a las cataratas resbalando y acariciando los escombros, cubriendo algo más mis dedos. Algo o alguien están removiendo tierra y cables, tuberías y restos humanos. Y viene hacia mí. Por unos segundos crece la esperanza, tímida teniendo en cuenta que en algunas partes aún continúan los derrumbes y las explosiones. Pensar que ya se efectúan tareas de auxilio y búsqueda es pretender ser más optimista de lo que mi ser me enseña día tras día.

Intento fijar la vista en el lugar en que algo se abre paso hacia mí, arriesgando la fiabilidad de mis ojos que se llenan de tierra. Al principio creo que se trata de una rata, pero no, resulta ser mi gato. En breves segundos abre un hueco suficiente como para asomar su hermosa y curiosa cabeza felina; me dedica una mirada fugaz y distraída. Retiro la cara para no saturar de polvo mis ya doloridos ojos.

¿Ha quedado enterrado junto a mí tras el terremoto en otro hueco como la hornacina en la que reposa mi cabeza? ¿Se ha abierto paso rememorando audacias similares de otros amigos de los hombres? Mientras deliro la rugosa lengua del gato me lame una oreja, tras esto comienza un inaceptable acicalamiento de su propio cuerpo.

Tal sorpresa produce el efecto de un bálsamo sanador; el temor, horror y desesperación se difuminan al contemplar a mi compañero.

Muy pronto descubriré lo equivocado que estoy...

Por tercera vez en un mismo día mis contratiempos no se detienen; el terremoto, mi gato que inunda el diminuto hábitat en el que me sumo. Y la pesadilla.

Cada vez que oscilo la parte inferior de las piernas en el vacío mi imaginación engendra un ser espectral que vuela desde lo más profundo de un abismo hasta girar en círculos alrededor de mis pies colgantes. Los devora cuales piezas de fruta demasiado maduras muriendo en un árbol y esperando a la tierra. No me alejaba demasiado de la realidad.

Mi gato termina de acicalarse y se pierde en unos paseos absurdos alrededor de mi cabeza. Me huele. Maúlla. No se que hora puede ordenar las cosas en esta parte tan torturada del Planeta, pero el tiempo ha pasado, lento al principio, más rápido paralelamente a mis increíbles creaciones imaginarias y a la torturadora imagen del gato lamiéndome, olisqueándome, rodeándome...

Me duermo.

O caigo abatido por el sufrimiento y la escasez de aire.

Un agudo dolor pone en marcha mi consciencia. El gato ha mordido una de mis moribundos dedos.

Mastica algo a la vez que se relame. El demoníaco ser alado del abismo se ha convertido en mi mascota, encerrada junto a mi cabeza y mis cinco asustados dedos diestros.

Le maldigo, le escupo y muevo los dedos con todo el coraje del que soy capaz de ejercer. Un enjambre de lúgubres sensaciones conquista mi mente. La locura aparece como nubes cargadas de tormenta.

El pequeño animal que tantas veces había dormido o descansado sobre mis piernas las frías noches de invierno, ahora se alimenta de mi carne. Nada de lo que hacia resultaba, el gato mordisquea una y otra vez mi pulgar, el anular... el índice parece una surrealista torre, ancha por debajo y estrecha en la parte que solo se ve el hueso, jirones de tendones y parte de la uña colgando.

Trago tierra al intentar gritar, y creo que también algo de la sangre que se funde con la tierra en una boda de ultratumba. El dolor se torna inaguantable.

Ya no siento el dolor.

Ya no estoy enterrado... Ya no estoy solo.

Un doloroso estornudo expulsa sangre seca y tierra de mi garganta a la vez que me devuelve la consciencia. Sin desearlo. Abro los ojos ligeramente, no tanto por el estado en que me encuentro como por el horror que puedo contemplar.

Mis dedos se han convertido en esqueleto hasta la altura del nudillo, pero no duele. Creo que todo el brazo debe estar dormido. El gato está tumbado a la izquierda de mi cabeza, mirándome con los ojos entreabiertos, alejado de los dedos, como si no tuviera nada que ver con el asunto. Daría lo que fuese por poder morderlo yo a el. Continúa observándome, desafiando mis pocas fuerzas; se lo que espera, sé que ahora esta lleno, ¿verdad precioso, verdad, rey de los hijos de la gran puta? No debí desafiarlo. El gato se levanta perezosamente y se estira. Me mira y parece que sonriera. Avanza

lentamente estudiándome y se acerca a mi oreja izquierda. El terror me invade. La lame y desaparece por mi nuca. Comienza a lamer la oreja derecha. Veo de reojo que sus dientes están manchados de sangre, al igual que su hocico e incluso partes de sus patas. Creo que los músculos del cuello me van a reventar pues lo muevo con todas mis fuerzas. Varios trozos de escombros quedan al descubierto rasgándome la piel y todo comienza a darme vueltas. El gato, ausente de mi desesperación muerde con saña el lóbulo arrancándolo de cuajo. Todas las navajas del mundo descienden a través de mi cuello. Mi última voluntad es no morir devorado por un pequeño cabrón al que he alimentado y cuidado como a un familiar más. Comienzo un perseverante ataque de mi cabeza contra los escombros más duros que tengo alrededor. Mi mascota continúa comiendo. La vida se convierte en un espeluznante y siniestro teatro.

El actor principal es un gato pardo.

El polvo y el humo vuelven a dejar paso a la visión de las nubes. El sol ilumina la ciudad en escombros. El silencio nos avisa con su aparición de que miles de muertos le guardan respeto bajo los edificios derrumbados. Dios ha vuelto a ha contar uno de sus chistes malos.

Las primeras sirenas se escuchan cruzándose con los primeros lamentos y las penúltimas explosiones. Algunos pájaros sobrevuelan la ciudad sin lamentar no tener pena de los hombres; muchos hombres jamás sabrán siquiera que esto ha ocurrido.

Un grupo de cuatro hombres, dos médicos y dos voluntarios, sacan cuerpos, en el mejor de los casos gravemente heridos, de los escombros. Cada vez más gente aparece por las calles, llorando y gritando. Comienza el dolor tras el horror.

Uno de los médicos ayuda a colocar en una camilla a un hombre que ha perdido un brazo cuando escucha algo muy cerca de allí. Es el maullido de un gato. Termina de colocar al enfermo y se acerca al lugar de donde proviene el sonido. Un pequeño edificio de apartamentos se ha hundido en su mitad dejando al descubierto el interior de lo que aún continúa en pie. Está seguro de haber escuchado al menos dos veces el maullido, pero no ve nada. Decide no perder más tiempo y volver con sus compañeros, pero al pisar unos escombros estos resbalan haciendo caer al médico. Justo al lado de su cabeza ve otra medio enterrada, cubierta de sangre.

Llama a voces y en poco tiempo varias personas quitan las grandes piedras y los entramados de cable eléctrico que cubren el cuerpo. Ha tenido suerte, el cuerpo está abrazado en sí mismo formando una especie de capullo y una enorme piedra ha realizado la tarea de tejado impidiendo que los escombros destrozaran o enterraran a la mujer. Tiene en la cabeza varios golpes, seguramente por esa razón ha perdido el conocimiento, pero está viva.

Cuando sacan completamente el cuerpo uno de los médicos llama a su compañero precipitadamente. Los dedos de la mano derecha han desaparecido, al igual que la oreja derecha. Junto al cuerpo también aparece el de un gato, totalmente destrozado por las piedras.

